

DISCURSO DE INGRESO



Manuel Alvar López



DISCURSOS DE INGRESO
Academia Canaria de la Lengua

ISLAS CANARIAS
2022

© Academia Canaria de la Lengua

© Manuel Alvar López

© de la nota a esta edición:

Humberto Hernández Hernández

Edición al cuidado de:

Sarai de Regla Cruz Ventura

Carmen Díaz Alayón

Diseño de colección:

Bernardo Chevilly

Composición e impresión:

El Productor, S. L. *Técnicas Gráficas*

Dep. Legal: TF. 837-2022

ISBN: 978-84-96059-67-2

MANUEL ALVAR LÓPEZ, NUESTRO MEJOR EJEMPLO

Humberto Hernández

Elegido como académico honorario el 4 de julio de 2000, de las primeras e indiscutibles propuestas de la por entonces naciente Institución, don Manuel Alvar había leído su discurso el 24 de noviembre de este mismo año, tal era su interés e ilusión por incorporarse con todo el derecho y formalidad necesarias a esta su nueva casa canaria que con más interés e ilusión lo acogía.

Diferentes circunstancias hicieron que se fuera retrasando la publicación de su discurso que, con emoción, había leído en

la Casa de Colón, de Las Palmas de Gran Canaria, junto a Pedro Lezcano y una sobrina de Josefina de la Torre, representante de su tía para la ocasión.

No habría que explicar ahora las razones que llevaron a los académicos a proponerlo como miembro honorario en la primera hornada de este ilustre elenco de académicos, junto a Rafael Arozarena, Isaac de Vega, Pedro Lezcano, Josefina de la Torre y Jorge Rodríguez Padrón, pues enumerar las razones relacionadas con sus muchos méritos académicos sería prolijo, aunque no son de menor consideración los que están ligados a circunstancias personales: Manuel Alvar siempre denominó antonomásticamente «Mis Islas», (así, con mayúsculas el sustantivo «Islas») a este insular territorio y fue nuestro español de Canarias una de las expresiones de la Lengua Española que mereció un interés tan especial que consiguió que fuera este dialecto una de las modalidades dialectales más estudiadas

del amplio mundo hispánico, sin relegar, antes bien valorándola convenientemente, la proyección extrainsular en boca de «isleños» y «canarios» de alejadas tierras (solo geográficamente) en amplios territorios del Nuevo Mundo: Luisiana, Uruguay, El Caribe...

Don Manuel, con la generosidad que siempre lo caracterizó, respaldó y ayudó a afianzar esta Academia Canaria de la Lengua cuando algunos vientos propagandísticos y políticos no eran tan favorables, según opinión que compartimos del académico Marcial Morera.

En este librito incluimos su discurso, plagado de lirismo y sinceridad, que revela su extraordinario amor por esta tierra y nuestras hablas, y una humildad sin límites, pues ya sintiendo que sus fuerzas empezaban a flaquear seguía ofreciéndonos todo su conocimiento: «Dispongan de mí cuanto crean que soy útil, —escribió— pero, por favor, apresúrense, porque la vida se

acorta y ya van mustiándose las hojas del calendario».

Acompañan a este discurso textos que, tras su fallecimiento, le dedicaron quienes fueron discípulos y beneficiarios directos de su magisterio, como Yolanda Arencibia, José Antonio Samper, Clara Eugenia Hernández y el ya citado Marcial Morera. Y todos concluyen, cómo no, que los canarios, y esta Institución, difícilmente podremos saldar la extraordinaria deuda contraída con el maestro.

Dos de sus más directos discípulos, íntimos amigos después y siempre infatigables colaboradores, dedican también cariñosas palabras a nuestro eximio honorario: «Hemos perdido al hispanista más importante de las últimas décadas», dice Humberto López Morales, quien además destaca la rica variedad de su vasta producción: «Nada de la producción cultural hispánica le fue ajeno». Y el más próximo, Ramón Trujillo, que desolado lamenta la pérdida de un amigo,

nos recuerda su más ejemplar lección de Filología:

Manuel Alvar no era lingüista de gabinete, sino lingüista de campo, lingüista de verdad, de los que aprenden de la boca de las gentes; de los que, en los rincones más ocultos de un territorio, buscan el rastro de fenómenos idiomáticos que la mayoría de los filólogos solo conoce a través de información libresca, con frecuencia falaz. [...] Aunque era hombre de gran erudición, su pasión por el lenguaje —que nadie le podrá negar— lo impulsaba a la búsqueda de los hechos donde estos tuvieran lugar, sin fiarse demasiado del trabajo de gabinete de los que no han gastado zapatos en los caminos y en las veredas de la vida.

Y este ejemplo aspira continuarlo esta Academia Canaria de la Lengua. Gracias, don Manuel.

DISCURSO DE INGRESO DE MANUEL ALVAR

Si decía La Bruyère que en el mundo no hay exceso más noble que el de la gratitud, yo estoy aquí para confirmarlo, tan grande es la deuda que tengo contraída con ustedes. Si no fuera impertinente, les preguntaría por qué me han escogido a mí. Es verdad que he trabajado en y por mis Islas, pero ¿habré sido yo sólo? Aquí tuve siempre un rincón de paz y la sonrisa delicada de mis amigos. Procuraba venir y me costaba desarraigarme. Llegaba al aeropuerto y al pie del avión estaban esperándome, ¿cuántas veces? Yo les daba lo único que poseo: mis ilusiones para trabajar y ese amor entraña-

ble por su —y mi— lengua. De ahí nacieron los tributos que les iba trayendo cada año, como el pegujalero que arranca los frutos dadivosos de la cosecha. Un día, me dijeron: «Hace cuarenta años que publicó *El español de Tenerife*». Tuve un sobresalto y miré la portada del libro: sí, cuarenta años. Y mi vida no es sino ir contando por hitos que mi devoción iba disponiendo: la *s* herreña, las modalidades de La Graciosa, los niveles en Las Palmas y el *Atlas*. Recorrí todas las Islas y en todas encontré gentes que me querían. Llegué a Garafía en busca de la *s* sonora. No la encontraba: el conductor se atribulaba. «¿Tampoco aquí?» No se preocupe: tanto vale el sí que el no. Aquel hombre me miraba atónito. Yo le decía: está bien, ya voy sabiendo cosas. Y el informante que encontré en mi camino, era bueno como el buen pan. Desconsolado, me miraba con asombro y contestaba con precisión al interrogatorio. En la vida, se había quedado solo, y describió que en su habla tenía el

mejor acompañamiento: no se cansaba, la tristeza se le borraba. Me contaba su vida, que era un manojuelo de recuerdos que apenas susurraba: «Sí, era cuando la guerra de Marruecos. El capitán me dijo: Si vienen los moros te tragas el parte. Vinieron los moros y me tragué el parte. Nadando me quedé ciego. Me recogieron nuestros soldados y el General Primo de Rivera me dijo: Muchacho, pide lo que quieras. Yo le dije que me hiciera farero en Barlovento, pero claro, que si moros, que si soldados, que si batallas, debió olvidársele y yo nunca pude retirarme».

Unos años más tarde vine a las Islas con mi mujer: busqué la taberna, subí al piso alto, pero Manuel había muerto dos semanas antes. Yo había salvado un fragmento de lengua que, de otro modo, habría desaparecido. Fui aprendiendo todo —¿todo?, imposible— lo que yo hubiera querido salvar para traérselo hoy hasta estas solemnidades. Pero no sé: ustedes me han salvado, como

aquellas mujeres de uno de los diez pagos de Garafía. El día era luminoso y el sol tibio entraba en aquel cuarto donde las mujeres trabajaban. Les hizo gracia mi presencia de estornino sorprendido: elaboraban queso y reían en voz alta. ¿Sería cierto lo que decía? La *s* sonora me saldría al encuentro: [kézo]. Pero allí no había restos. Claro, como soy godo, no me dicen lo que busco: «Godo, mijo, si habla más canario que nosotros». Aquella mañana me graduaron en la única ciencia que buscaba. Acaso esas mujerucas de vestidos negros y cordial sonrisa se enteraron de las muchas preocupaciones que yo tenía y se vinieron a verlos: «¿Por qué no hacen académico al godo aquel que se llamaba Alvar?» Quitasteis el sambenito por vez segunda, y me llamaron. Estoy aquí para darles las gracias y para decirles que me hice vuestro. Un día, y otro y otro, trabajaba con los canarios de la Luisiana, como siempre, la generosidad vertida. No me dejaban marchar y allí, doscientos años más tarde, mis amigos

Irvin y Alfred abrían las puertas de las puertas de la hospitalidad: «Hoy comeremos potajito de berros y churros de pescado». Allí tantos miles de kilómetros andados y tantos siglos vertidos, y yo anotaba palabras y palabras, hasta que se hizo un libro. Resulta que se había consumado mi vocación: desde mis andanzas por Tenerife hasta aquel refugio en tierras extrañas de canarios perseverantes y fieles.

Mi alma se fue llenando de vuestras dedicaciones. Ya no era extraño entre ustedes. A mis hijos los alistaban en Las Palmas. En el yerro administrativo había un oculto deseo. Yo estaba poniendo la primera piedra de la Universidad de Las Palmas. ¿Diría que todos eran símbolos descubiertos? Pero la vida es artera y mis amigos me dejaban tras el negro telón. Aquí estoy yo porque han venido otras generaciones, como la de aquel Ramón Trujillo que me llevaba a Artenara y me cuidaba para que yo no me despeñase. Sí, todo ha cambiado mucho, pero yo viví días

tan disonantes como los que ahora paso. Me encuentro en este salón y me encuentro apoquinado. ¿Soy yo el mismo? Es posible que no lo sea, pero miro a mi alrededor y Ramón Trujillo sigue siendo el mismo, tan cariñoso y delicado. Y Yolanda Arencibia, mi «informante» de veintitantos años, hoy es la misma: bonita y delicada. Acaso las Islas guardan el misterio de la eterna juventud. Y los nuevos amigos, tan jóvenes. ¿Dónde la fuente que mana y corre? Porque también yo quisiera ser como mis amigos insulares. Y me doy cuenta de que me he ido por los cerros de Úbeda. Quisiera volver aunque no pueda decir sino unas pocas palabras más.

Debiera hablar de la lengua de mis Islas, pero todo lo que he dicho hasta ahora, por muy anécdotas ocasionales que sean, no son otra cosa que palabras y más palabras de tantas veredas como he ido pisando. Acabo de citar a Ramón Trujillo: él dará fe de mi fidelidad cuando recogí el habla de las Islas y que le pareció poco ser mi padrino en la

Universidad de La Laguna y ha firmado las cartas para que yo venga hasta aquí. Y el padre Alfonso, mesurado y de lento hablar, que frenaba siempre mis ímpetus, y Yolanda, que un día salió de su Isla y encontró la fuente de la eterna juventud, y Chano Sosa, con quien viví una de las más trabajosas historias de mi vida: nos íbamos a Taganana y Chano pidió permiso a don Elías Serra, su decano. El sabio le dijo, «traígame unas fotos del retablo». Chano y yo desmontamos el retablo, lo retratamos por delante y por detrás y se lo trajimos al Decano. «No, si lo que les había dicho es que era muy hermoso el retablo, no que lo retrataran».

Me doy cuenta de que he hablado mucho y de cosas que sólo a mí importan y que sólo a mí me valen. Pero ustedes han hecho el prodigio (¿será también de la eterna juventud?). He rejuvenecido más de cuarenta años y estoy con mis amigos entrañables y en una Institución a la que quisiera honrar con mi saber (que no es

mucho) y con mis ilusiones (que siguen siendo muy grandes). Dispongan de mí cuanto crean que soy útil, pero, por favor, apresúrense, porque la vida se acorta y ya van mustiándose las hojas del calendario.

Estamos en una Academia de la Lengua y yo soy vuestro servidor. Esto de poco vale, pero déjenme unos minutillos más. Si Cervantes es siempre buena compañía, su presencia en esta ocasión deja de ser un recuerdo evocador y se convierte en realidad palpable. En el *Quijote* se lee esta sabia sentencia: «No puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido». Tal es todo lo que debiera decir en este momento y silenciar el resto, pero podría parecer descortesía lo que es un asomo de timidez. Y ya que en buena compañía me amparo, no olvidaré que la «estrechez y cortedad, en cierto modo la suple el agradecimiento»; no usaré, pues, «extremos viciosos» que pudieran parecer «zalemas a uso de moros».

Estoy aquí para responder con mi gratitud a un alto honor recibido. Lo que es motivo de grande responsabilidad. No puedo ocultar que la decisión del jurado pudiera tener, en esta ocasión, algunos sinónimos desusados en el campo semántico de la palabra: los llamaría benevolencia, generosidad o liberalidad. Demasiado para quien tiene que reconocer una deuda. Conste públicamente lo que debo y la conciencia de lo que no son méritos propios: más no sé decir, y, menos, no debo.

MANUEL ALVAR LÓPEZ
Las Palmas de Gran Canaria,
24 de noviembre de 2000

*MAESTRO DE MAESTROS

Yolanda Arencibia

Manuel Alvar López (Benicarló 1923), el gran maestro de la filología española, falleció en Madrid el pasado 13 de agosto. Un grupo de discípulos y amigos hemos preparado estas breves páginas dedicadas al maestro desaparecido como modesto homenaje *in memoriam*. Lo hacemos en nombre propio, pero también, simbólicamente, en el de la sociedad grancanaria, que ha sido durante muchos años receptora directa de la sabiduría filológica y de la amplitud profesional y humana de Manuel Alvar.

* Los textos que figuran a continuación fueron publicados el jueves 18 de octubre de 2001 por el periódico *La Provincia* en un suplemento cultural dedicado a la figura de Manuel Alvar.

Comenzaremos recordando la condición de *maestro de maestros* de don Manuel Alvar, reconocida universalmente. Alvar, paralelamente a su actividad académica en España, ha ido sembrando sabiduría, enseñanza e inquietud por, prácticamente, todas las universidades de América del Sur y de Europa, de los Estados Unidos, de Canadá y de distintos países de Asia; de modo que en las aulas universitarias y en los foros científicos de su especialidad, en todo el mundo, no puede haber filólogo que no haya tenido que acudir al magisterio de su voz o de sus páginas, ni hombre culto que no lo conozca y aprecie. Y ello casi desde que se licenció en 1945, se doctoró en 1946 y obtuvo la cátedra de Gramática Histórica de la Lengua Española en la Universidad de Granada en 1963 (que revalidó en Madrid en 1968 y 1971). Hasta sus últimos días, el maestro Alvar continuó en el desarrollo de una activa labor profesional, impartiendo cursos de doctorado y de especialidad en

diversas universidades de Europa y América, dedicándose diariamente a labores de crítica literaria y de asesoramiento especializado en cuestiones cimeras del dominio filológico.

En el campo de la investigación, el maestro Alvar fue autor de más de setecientas publicaciones, que atienden igualmente a la lengua y a la literatura. Indiscutibles se muestran los avances científicos que ha logrado don Manuel Alvar en el campo de la lingüística románica, de la historia y la geografía lingüística, de la dialectología, de la literatura medieval y moderna, del comparatismo literario, de las ediciones de textos, de la crítica literaria. Y sus muchos atlas lingüísticos, absolutamente pioneros, no sólo fueron y son incuestionables, sino que han abierto escuela obligada para los filólogos de las nuevas generaciones, pues dejaron sentadas las bases de la ciencia lingüística que hoy se realiza.

Por si no bastara su quehacer profesional filológico, don Manuel Alvar es también

poeta: una afección constante que le ha permitido ir tejiendo en versos morosos y armónicos, cincelados con belleza y pulcritud, testimonios de las hebras de su desasosiego de hombre sensible, esencial, profundamente humano.

Mucha distinción ha merecido la labor de don Manuel Alvar: reconocimientos, condecoraciones, medallas de oro de distintas ciudades y países. Entre otras, ha sido investido como doctor *honoris causa* por una treintena de universidades de Europa (las dos canarias, entre ellas) y América; ha recibido los premios Menéndez Pelayo (1947) y Antonio de Nebrija (1955), ha sido dos veces Premio Nacional de Investigación (1960 y 1964), merecido el premio Ramón Menéndez Pidal de Investigación Humanística y Científico-Social en 1993 y el Premio Nacional de Literatura en 1976.

Don Manuel Alvar fue presidente de varias asociaciones científicas, académico

de la Real Academia de la Historia, académico correspondiente de las distintas instituciones de España y de América, académico honorario de nuestra Academia Canaria de la Lengua y de número de la Real Academia Española, en donde ocupó el sillón correspondiente a la letra T y en donde llegó a ser brillante y eficaz director, culminándose en los años de su mandato —en 1992 y como aportación valiosa al Quinto Centenario— la vigésimo primera edición del *Diccionario*. Alvar fue reconocido hijo adoptivo de varias ciudades de España, entre las que se cuenta la nuestra de Las Palmas de Gran Canaria, por nombramiento que nos honró a todos en 1986.

Pero Manuel Alvar significa para los canarios de todas las Islas, y especialmente los grancanarios, mucho más de lo que su currículum pueda indicar. Cuando muchos de los que somos hoy profesores universitarios de las universidades canarias en las ramas de Humanidades empezábamos a

formarnos, y el anhelo de una Universidad en Gran Canaria con estudios humanísticos sólo era una utopía soñada en la mente de los más inquietos, comenzó el protagonismo intelectual de don Manuel Alvar entre nosotros, auspiciado por una política cultural del Cabildo Insular de Gran Canaria tan inteligente y brillante como amplia y universalista (de justicia es recordar aquí al gran gestor que fue Alfonso Armas Ayala).

Desde mediados de los sesenta y hasta 1988, con altibajos, se sucedió la andadura de la Universidad Internacional Pérez Galdós. Con ella, y bajo la dirección del amplísimo filólogo que es Alvar, se iniciaron cursos avanzados de especialización universitaria: en el terreno de la lingüística, de la lengua española, de la literatura. También bajo su dirección, se organizaron y se llevaron a cabo tres Congresos Internacionales de Lengua Española que trajeron a la Isla a los más destacados especialistas y en los que muchos pudimos

presentar nuestros primeros trabajos de investigación. Al margen de entidades y de congresos, y bajo la solvencia de don Manuel Alvar, se organizaron para los universitarios y los intelectuales grancanarios numerosos cursos intensivos que tuvieron como directores y como profesores a los filólogos más relevantes del momento, en España y en América, lo que supuso atraer hacia la Isla a excepcionales maestros de quienes muchos pudimos aprender, y con quienes los más afortunados de nosotros nos iniciamos en tareas de investigación. Significó así la actuación de Alvar como un adelanto de Universidad Humanística en Gran Canaria. Consiguió alentar el anhelo universitario que en la sociedad de Gran Canaria existía.

Y cuando aquella soñada quimera universitaria se hizo realidad con la creación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, don Manuel estuvo en el acto solemne de la inauguración de la Facultad de Filología, para ilustrar con la sabiduría

de su palabra a las nuevas generaciones de alumnos, y para respaldar con la calidez humana de su presencia uno de los días más significativos y felices de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria y de su Facultad de Filología. Estaba allí en 1989, como estuvo en días más difíciles vividos en el antiguo Colegio Universitario de Las Palmas, desde 1982. Como siguió estando hasta su ausencia final: siempre dispuesto a aconsejarnos, a ayudarnos a impartir ciencia; siempre dispuesto a repartir su sabiduría y su amplitud profesional y humana con generosidad y con entrega incondicionales.

Nunca los canarios podremos agradecer suficientemente a don Manuel Alvar lo que ha hecho por nuestra lengua y por nuestra cultura. Porque, aparte de lo ya indicado, el maestro Alvar ha dedicado a temas de filología canaria muchas y enjundiosas páginas: desde *El español hablado en Tenerife* de 1959 hasta *El dialecto canario de Luisiana* de 1998, pasando por el *Cuestionario del ALEICan*

del 64 y los tres tomos monumentales del *Atlas Lingüístico*, entre 1975 y 1978; *Estudios Canarios I y II* de 1968 y 1993, respectivamente; por *Niveles socio-culturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria* de 1968, *Islas Afortunadas*, de 1975, la edición del *Diccionario de Historia Natural* de Viera y Clavijo de 1982 y la declaración de amor que se encierra en el texto precioso titulado *Mis Islas* de 1990. Porque don Manuel no sólo nos ha dado ciencia y saber, sino lecciones de humanidad, de generosidad, de afabilidad. Y de amistad; ese don humano que ha sabido cultivar con tanto esmero. Porque Alvar, como su antepasado y viejo amigo del trescientos Apolonio de Tiro (a quien dedicó espléndidos trabajos), no sólo fue *de letras profundado* sino *omne bueno e hondrado* que *viscó con su muger [larga] vida dulce e sabrida* y que ha sabido esparcir semilla de espléndida ejemplaridad como intelectual y hombre. Por todo ello, estas breves páginas-homenaje que discípulos, colegas y amigos

DISCURSO DE INGRESO

dedicamos al maestro Alvar *in memoriam* significan, además de honrar a quien de sobra lo merece, reconocer un magisterio directo y una deuda intelectual que de ningún modo se acerca a ser saldada.

IN MEMORIAM

Ramón Trujillo Carreño

La muerte de los amigos deja siempre un indefinido sabor de incredulidad y desolación, quizá porque, con cada uno de ellos, se va un pedazo de nosotros. Y no nos consuela siquiera lo que nos hayan podido dejar, por mucho que sea, puesto que si su valor es grande, tanto mayor será su pérdida.

Cuando yo conocí a Manuel Alvar, no era aún miembro de la Real Academia Española. Había venido a La Laguna como vocal del tribunal de mi tesis doctoral y decidió luego quedarse algún tiempo más para completar la información que venía reuniendo para su querido Atlas lingüístico canario. Fue

entonces cuando nació entre nosotros una amistad que ha seguido creciendo con los años sin debilitarse. Porque era él un cuidadoso y esmerado cultivador de esa rara virtud que es la amistad; un gran amigo de sus amigos. Debo, pues, antes que nada, rendirle el modesto homenaje de mis palabras, porque la palabra es lo único que sobrevive.

Fue en aquellos días de octubre de 1968 cuando me propuso que lo acompañara en unas encuestas que pensaba hacer en La Laguna y en Taganana. Y aquellas fueron las primeras que hice en mi vida. Unas largas e interminables encuestas —*de sol a sol* literalmente— en las que él se las arreglaba para extraer las ingentes cantidades de información de campesinos que, a primera vista, no parecían poseer tantos recursos idiomáticos. Allí aprendí, antes de leerlo de Humboldt, que en cada persona, culta o no, *se halla completa toda una lengua*, bajo formas siempre variables, pero siempre las mismas.

Manuel Alvar no era lingüista de gabinete, sino lingüista de campo, lingüista de verdad; de los que aprenden de la boca de las gentes; de los que, en los rincones más ocultos de un territorio, buscan el rastro de fenómenos idiomáticos que la mayoría de los filólogos sólo conoce a través de información libresca, con frecuencia falaz. Era hombre con una energía vital inagotable: no había montaña, barranco ni quebrada que lo detuviera. En este momento lo recuerdo trepando por una abrupta pendiente, a nuestro regreso del Roque de las Bodegas, en Taganana, mientras yo apenas alcanzaba a serguirle.

Aunque era hombre de gran erudición, su pasión por el lenguaje —que nadie le podrá negar— lo impulsaba a la búsqueda de los hechos donde estos tuvieran lugar, sin fiarse demasiado del trabajo de gabinete de los que no han gastado zapatos en los caminos y en las veredas de la vida. Porque, quien quiera conocer de verdad los hechos del lenguaje —y no sólo las dudosas opiniones

de los lingüistas— no tiene más remedio que descender al mundo de los hechos, donde se halla esa variedad del lenguaje en la que reside el secreto de la *identidad* de cada una de las partículas que lo forman. Por eso, el trabajo incansable de Manuel Alvar es y será siempre un ejemplo de legitimidad científica frente a esa charlatanería teórica que hoy nos inunda, escrita, por si quedaran dudas, en mal inglés. Frente al mimetismo americanizante que amenaza con sepultar todo resquicio de reflexión, el estudio y explicación de cada hecho particular y concreto, de cada fenómeno, representa hoy el último vestigio de un viejo humanismo filológico, a punto ya de perecer. Porque el trabajo de campo, de laboratorio, de experimentación directa, no se queda sólo en el mero registro de hechos, sino que avanza, con paso seguro, siguiéndole el rastro a la teoría que se esconde en ellos.

Y somos nosotros, los canarios, quienes debemos tenerlo presente, sobre todo en

unos momentos en que se le da cada día más importancia a *lo canario*. Debemos recordar la personalidad y la obra de Manuel Alvar, porque él ha sido el iniciador de la investigación científica de nuestras modalidades de habla: durante algo más de medio siglo, la filología canaria ha girado en torno a su figura. A él debemos el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias* y multitud de estudios monográficos, entre los que están los que dedicó al español hablado en Tenerife o a la estratificación sociológica del hablado en Las Palmas, por poner dos ejemplos señeros. Razones, por ello, del máximo peso abonaron su nombramiento como académico honorario de la Academia Canaria de la Lengua.

Pero el nombre de Manuel Alvar quedará indisolublemente unido a nuestras Islas especialmente a causa de su *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias*, el *ALEICan*, en el que cualquier persona puede observar o examinar, panorámicamente, la variedad

lingüística del Archipiélago, sobre todo en lo que respecta al léxico y a la fonética; es decir, a *las palabras* y a *su pronunciación*, que son, al fin y al cabo, los temas preferidos de los que se interesan más o menos directamente por las cuestiones del lenguaje. Los atlas lingüísticos son grandes colecciones de mapas, ordenados por conceptos relativos a las cosas y a la cultura de una región. En cada mapa se recogen las denominaciones que recibe un objeto o un concepto en todo el territorio estudiado, o, mejor dicho, en todos los puntos geográficos elegidos como más representativos del área lingüística en cuestión. Así, si elegimos el mapa que recoge la distribución geográfica de un concepto como, por ejemplo, primera leche de la hembra recién parida —*belete*, *beletén*, *tafor*, etc.—, encontraremos las denominaciones que recibe ese referente en las Islas Canarias, con especificación del lugar y de la forma fonética, siempre tan importante para la caracterización de una variedad local de

habla. La lectura de un atlas lingüístico es, por ello, sumamente sencilla, si se salva la pequeña dificultad que suponen las transcripciones fonéticas, en las que sólo aparecen los signos convencionales que representan los distintos tipos de sonidos que se dan en el dialecto. Pero, incluso el usuario que no sea lingüista puede leer sin dificultad las transcripciones fonéticas —que representan la pronunciación real de las palabras—: para ello, encontrará en el atlas la lista completa de los signos fonéticos, con los equivalentes de su pronunciación.

Un atlas lingüístico es como una imagen fotográfica que recoge la información espontánea de una persona representativa de un lugar determinado. Es cierto que ningún atlas lingüístico recoge *la absoluta totalidad de los datos existentes*: su función no es esa, sino la de dar pistas que orienten a los investigadores. Es ese sin duda su valor principal: el de señalar un camino que, en realidad, no tiene fin, ya que por mucho

que se indague, en un lugar determinado, sobre las formas que allí toma la lengua, jamás se recogerán todas, pues, aunque *cada* lengua se halla completa en cada persona, lo que no estará jamás completo son los resultados de la capacidad lingüística creativa, siempre en desarrollo. Porque una lengua no es, como creen algunos, algo hecho, sino un conjunto de mecanismos que permiten *seguir construyendo* nuevas formas léxicas —nuevas palabras— o nuevas construcciones sintácticas. Nuestro Atlas lingüístico canario quedará, pues, ahí, entre los testimonios más importantes de nuestro recién pasado siglo xx. Con él quedará también el nombre de su autor, amigo declarado de estas Islas no tan afortunadas como fuera de desear. Y así, en fin, como no desearía que los canarios fuéramos tachados de olvidadizos, malagradecidos o envidiosos, reclamo un lugar honroso para la memoria de este hombre infatigable que fue Manuel Alvar López.

MANUEL ALVAR EN EL RECUERDO

José Antonio Samper
Clara Eugenia Hernández

El pasado julio nos habíamos despedido del profesor Alvar, al acabar las sesiones del I Congreso Internacional del Español de Canarias, con el acuerdo de que a lo largo del verano nos mandaría unas entrevistas grabadas en México para que lleváramos a cabo, junto con Magnolia Troya, su estudio espectrográfico en el laboratorio de fonética de la Facultad de Filología de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Se trataba de una tarea en la que teníamos cierta experiencia porque el año anterior ya nos habíamos encargado del análisis sonográfico de los

materiales de la República Dominicana, un trabajo que el profesor Alvar incluyó en el Atlas Lingüístico de aquel país, publicado a finales del pasado año. Así que durante el verano esperamos su llamada telefónica para comunicarnos el envío de las muestras mexicanas. Lamentablemente, no fue esa la llamada que recibimos, porque el 14 del pasado mes de agosto la voz de un periodista nos anunciaba el fallecimiento del profesor Alvar. No es fácil describir la tristeza que provocó la inesperada noticia.

En estos últimos años la relación profesional con don Manuel había sido intensa. Además de sus visitas periódicas —ya tradicionales— a nuestras islas para impartir clases y conferencias en la universidad y en diversos centros culturales, otros motivos habían favorecido la presencia del prestigioso profesor en Canarias: el homenaje académico que se le tributó en La Laguna por el 40 aniversario de la publicación de *El español hablado en Tenerife*, su investidura como

doctor *honoris causa* por la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, el nombramiento como miembro honorífico de la Academia Canaria de la Lengua... A finales de mayo tuvimos la fortuna de formar parte del tribunal que juzgaba la última tesis dirigida por don Manuel, precisamente un estudio de comparación de los materiales de atlas lingüísticos peninsulares y americanos. Y junto a todo ello, nuestra participación en los trabajos de edición del último estudio amplio que dedicó a una de las variedades canarias, precisamente a la modalidad isleña que ha pervivido en la lejana Luisiana gracias al admirable ejemplo de lealtad lingüística protagonizado por aquellos emigrantes que salieron de Canarias en el siglo XVIII.

Pero los recuerdos de don Manuel exceden estas y otras, más hondas, pinceladas personales. Porque hablar de Manuel Alvar en la lingüística hispánica significa nombrar al investigador infatigable, constante, de una extraordinaria inteligencia, al lingüista

riguroso y, especialmente, al autor de un importante número de atlas lingüísticos regionales, al maestro de dialectólogos que deja tras sí, además de una amplia y fundamental bibliografía, una escuela de discípulos (directos e indirectos) que aportan la visión más completa y actual de la variación diatópica de nuestra lengua. Valgan como botón de muestra esos dos tomos de dialectología hispánica que publicó la editorial Ariel hace ahora cinco años.

Si es mucho lo que le debe a Alvar la dialectología hispánica en general, la de las Islas Canarias ha contraído con él una deuda impagable. En muchos trabajos hemos recordado las elocuentes palabras que escribió a principios de los años 60 para retratar el desolador panorama de los estudios dialectológicos insulares:

Pensemos que hasta *El español hablado en Tenerife* (1959) nunca se había publicado un libro sobre los aspectos románicos de

la lingüística canaria; que hoy aún no se ha descrito ninguna de sus particularidades locales; que hasta 1959 no se había precisado la articulación de ningún sonido del español insular. De aquí que el español de Canarias necesite ser conocido; describir su fonética; inventariar su léxico, establecer la vinculación de palabras y cosas; analizar sus cambios semánticos; trazar su geografía lingüística; medir la altura social de sus fenómenos.

A los 40 años de la publicación de las palabras anteriores ya no se puede afirmar lo mismo porque la situación ha cambiado radicalmente. Hoy el español de Canarias cuenta con tan importante caudal de trabajos en todos los planos que G. Salvador (precisamente uno de los más destacados discípulos de Alvar) ha afirmado:

El español hablado en Canarias es, seguramente, la variedad dialectal más estudiada en el último cuarto de siglo. Hay un *Atlas Lingüístico y Etnográfico* de las Islas, del que no dispone la mayor parte de las regiones peninsulares y del que carecen casi todos los

territorios hispanohablantes de América. Y ese *Atlas* tiene la ventaja suplementaria de haber sido hecho por un solo investigador, Manuel Alvar, con la experiencia además de los que ya antes había promovido y realizado. Se han publicado, además, valiosas monografías descriptivas, atinados trabajos sociolingüísticos, vocabularios de diverso valor, investigaciones sobre aspectos muy precisos.

Pues bien, no ha habido un autor que haya contribuido como M. Alvar a que las hablas canarias hayan dejado de ser la *terra incognita* que él había descrito a principios de los años 60, fechas en que con palabras precisas insistía en la necesidad de estudiar nuestras variedades lingüísticas:

Acaba de publicarse el primer tomo del *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*. Obra que, si es discutible en sus planteamientos, resulta inapreciable por los materiales de conjunto que allega. Sin embargo, con una incomprensible limitación, Canarias queda fuera de la obra: ni un solo punto del Archipiélago se ha investigado allí. Y el dolor

de esta ausencia es mucho mayor por cuanto ignoramos lingüística y etnográficamente casi todos los aspectos de las islas.

Los repertorios bibliográficos muestran la riqueza y abundancia de los trabajos de Alvar sobre las Islas. Pero aún más contundentes son el valor y la significación de esas aportaciones y la serie de estudios que han propiciado. En ese sentido, es ejemplar el *ALEICan* (*Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias*), uno de los primeros atlas regionales hispánicos (el segundo tras el andaluz, del que surgió como una continuación natural) que se convirtió en una fuente de trabajos comparativos con los datos de otras muchas variedades hispánicas: Canarias se situaba, una vez más y en este caso gracias a la labor investigadora de Alvar, en el centro del mundo de habla hispánica, se convertía en ese imprescindible eslabón que une a las distintas modalidades de las dos orillas atlánticas. Basta revisar los índices de los tomos que recogen

las comunicaciones de los Simposios Internacionales de Lengua Española que se celebraron en la Casa de Colón para ver la enjundia de esas investigaciones.

Junto con el *Atlas*, no podemos olvidar la importancia de otra obra que se constituyó en un referente obligado para los estudios de la moderna sociolingüística. Porque la puerta de esta disciplina la abrió en el mundo hispánico un libro que hablaba precisamente de una de nuestras modalidades: los *Niveles socio-culturales del habla de Las Palmas de Gran Canaria*, que vio la luz en 1972, publicado por el Cabildo Insular de Gran Canaria.

En este libro no sólo encontramos una descripción precisa de los factores sociales que explican la variación fonética en nuestra ciudad, con la profundidad del buen conocedor de esta variedad dialectal (como se observa nítidamente en el detallado análisis de un fenómeno tan característico del habla de la isla como el peculiar tratamiento de

-/s/ ante consonantes sonoras), sino que en la última parte del libro se abordan cuestiones teóricas relativas a los grupos sociales, la fragmentación sociolingüística o la ciudad como unidad lingüística. Son temas en los que el profesor Alvar da una visión muy novedosa y personal, al relacionar las recientes aportaciones de la escuela variacionista norteamericana, encabezada por Labov, con su rica experiencia en el campo de la dialectología social.

Hoy la dialectología canaria está de luto. Los amigos y discípulos de Manuel Alvar preparamos unas sesiones académicas en que recordaremos sus múltiples aportaciones. Volveremos la vista hacia su figura para recibir, una vez más, el impulso que nos lleve a seguir laborando en unos terrenos científicos que tanto deben al trabajo apasionado del profesor Alvar.

ALVAR O LA DIALECTOLOGÍA CANARIA

Marcial Morera

Consciente de la importancia del habla canaria para la historia moderna de la lengua española, trazó Manuel Alvar el siguiente programa (pionero en las Islas) de investigación lingüística sincrónica y diacrónica, en el año 1964, cuando el estudio del habla isleña se hallaba todavía en pañales, por no decir en cueros vivos, para apurar un poco más la metáfora: «el español de Canarias necesita ser conocido, descubrir su fonética, inventariar su léxico, establecer la vinculación de palabras y cosas, analizar sus cambios semánticos, trazar su

geografía lingüística, medir la altura social de sus fenómenos. Y todo ello, claro, sin olvidar la historia». A desarrollarlo en todos sus aspectos consagró el maestro gran parte de su actividad investigadora, que, en él, era lo mismo que decir gran parte de su vida, porque, en Manuel Alvar, como en los verdaderos científicos, vida y obra fueron inextricablemente unidas. Descubrió su fonética e inventarió parte de su léxico en *El español hablado en Tenerife* (1959), primer manual científico de dialectología canaria. Después de él vendrían las obras de otros maestros de la filología isleña, como *El español en Canarias* (1964), de Diego Catalán, *Resultado de dos encuestas dialectales en Masca* (1970), de Ramón Trujillo, *El habla de Los Silos* (1976), de Antonio Lorenzo, etc., que, a su vez, dieron lugar a nuevos discípulos y nuevas obras. Estableció la vinculación de palabras y cosas y trazó la geografía de los canarismos fónicos, gramaticales y léxicos en los tres tomos de su monumental *Atlas*

Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias (1975-1978), que provocaron una cascada incesante de trabajos de interpretación filológica, tanto dentro como fuera de las Islas. Los fenómenos del habla canaria no afectan solamente al Archipiélago, sino que tienen también repercusiones en el resto del idioma, sobre todo en el español americano. Ya nos dice el mismo Alvar que «la transcendencia (de nuestra modalidad idiomática) se multiplica al parangonarla con hechos que se cumplen en el español de América o al considerar las Islas como eslabón insoslayable entre el Viejo y el Nuevo Mundo». Midió la altura social de muchos de estos fenómenos en su *Niveles socio-culturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria* (1972), modelo, a la vez que raíz y arranque, de los importantes trabajos de sociolingüística que se realizan hoy en las dos universidades canarias. Analizó la historia de las voces prestadas (guanchismos, portuguesismos, etc.) y patrimoniales

de nuestra modalidad idiomática (el origen de los canarismos *tabobo*, *aljaraz*, etc., los nombres de los seres marinos del Archipiélago, lo que de tradicional y nuevo poseen nuestras palabras), de su fonética (la articulación de la /s/ herreña), de algunas de sus particularidades gramaticales (rasgos morfológicos y sintácticos del habla de La Graciosa), en los agudísimos ensayos de sus *Estudios canarios* (1968 y 1993), punto de referencia constante de la investigación monográfica sobre fenómenos concretos del habla isleña.

Esta amplísima producción científica, que abrió todos los caminos de la dialectología canaria actual, situándola a la cabeza de los estudios dialectales del español y hasta de los del resto de las lenguas románicas, solamente pudo ser posible gracias a los vastísimos saberes que atesoraba el maestro en lingüística románica (Alvar era especialista en aragonés, en judeo-español, en español de América, en historia de la

lengua, en geografía lingüística, etc.), sus profundísimos conocimientos en la literatura románica de todos los tiempos, su magistral dominio de la pluma (que hace de su prosa una delicia no solamente para los especialistas en filología, sino también para el lector en general), su temperamento, su curiosidad científica y, sobre todo, el sincero amor que profesó siempre por lo que él llamaba «sus islas», donde, además, organizó importantes reuniones científicas (recuérdense, por ejemplo, los tres Congresos Internacionales de la Lengua Española que convocó en Las Palmas) y participó activamente en su vida cultural, con conferencias (una de las últimas la dictó precisamente en La Laguna, en el seno del I Congreso Internacional sobre el Español de Canarias), presentación de libros, etc. De su magisterio y rigurosas publicaciones, no solamente se ha nutrido la dialectología canaria en vida del maestro, sino que, estamos seguros, también se nutrirá ahora

después de su muerte y en el futuro. Primero, porque su riquísima obra contiene todavía tesoros ocultos que las generaciones venideras de filólogos hispánicos habrán de ir descubriendo poco a poco. Segundo, porque los responsables de estudiar y difundir hoy los distintos aspectos de esta importantísima modalidad idiomática del español han aprendido buena parte de su ciencia en sus clases y en sus libros. Una de sus lecciones más importantes: que lo pequeño o parcial no se puede estudiar sin tener en cuenta lo grande o general, que para abordar el estudio del habla canaria es absolutamente imprescindible dominar los estudios españoles y románicos en general. Sin ello, solamente habrá inventarios de palabras y fantasía, no ciencia. Por eso, nunca como hasta ahora habían sido tan merecidos los títulos de hijo adoptivo de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, doctor *honoris causa* por las dos universidades insulares y académico honorario de la Academia Canaria

de la Lengua (que él tan generosamente respaldó y ayudó a afianzar cuando algunos vientos propagandísticos y políticos no eran favorables a esta institución) que en vida recibió el maestro en el Archipiélago.

LUZ Y SABER

Humberto López Morales

Manuel Alvar, aragonés, andaluz, canario, americano —que varias patrias tenía y todas las llevaba en el corazón—, nos ha dejado para siempre, lo que equivale a decir que hemos perdido al hispanista más importante de las últimas décadas. Tras sí deja muchos años de dedicación a la cátedra universitaria, en toda Europa, en las dos Américas, en Asia. Desde ellas difundió luz y saber con una palabra ágil, estusiasmadora, siempre eruditísima y, en ocasiones, hasta evangelizadora. Desde ellas hizo surgir muchas vocaciones y fue responsable de más de una conversión al hispanismo. No aró en

el mar. Muchas universidades prestigiosas le agradecieron su ahínco, su dedicación, su producción científica; esto le supuso llegar a poseer un hermoso ramillete de veintiséis doctorados *honoris causa*; me permito señalar que el primero de ellos, aunque por una diferencia de horas con respecto al de Burdeos, se lo otorgó uno de los centros de alta docencia de mayor solera y relieve de Hispanoamérica, la varias veces centenaria Universidad Mayor de San Marcos de Lima.

Pero no ha sido sólo la universidad la que mostró su gratitud y admiración por el gran maestro: instituciones culturales de primer orden, como la Real Academia Española, de la que fue Director, la Real Academia de la Historia, de la que muy pronto se convirtió en ardoroso animador, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que le otorgó varios premios importantes, ministerios de Educación y Cultura de nuestro Mundo Hispánico, gobiernos de ambos lados del Atlántico,

que lo distinguieron con sus más notorias condecoraciones.

Lo que más sorprende de la riquísima bibliografía que le debemos a Manuel Alvar, no es su extraordinaria extensión—muy cerca de los 400 títulos—, sino su rica variedad. Nada de la producción cultural hispánica le fue ajeno. Si se trata de literatura, ahí están varios imponentes monumentos a la erudición: sus estudios sobre el *Libro de la infancia y muerte de Jesús*, el *Libro de Apolonio*, la *Santa María Egipciaca*, ilustres representantes de nuestra literatura medieval. Pero junto a estos pilares, están sus libros sobre el Siglo de Oro, el siglo XVIII, y los autores de los siglos XIX y XX. Las luminosas páginas que dedicó a la producción literaria hispanoamericana son en verdad antológicas. Si se trata de lingüística, ahí están sus lecciones magistrales sobre teoría dialectal, romanística, sociolingüística, el español de América y sus contactos con lenguas indígenas, y tantas otras disciplinas. Si de

resumir se tratara, diríamos que la historia, larga, abundante y magnífica de los atlas lingüísticos de España tiene un nombre: se llama Manuel Alvar.

Este hombre que hoy recordamos con emocionada gratitud recorrió muchos caminos —sólo en América, desde las montañas de Colorado hasta la Patagonia, desde los grandes centros urbanos hasta el corazón de la Amazonia—, y los recorrió rarísima vez por asueto, siempre grabadora y cuaderno en mano. Pudo ver el inicio de la publicación de la obra más ambiciosa que jamás se ha propuesto llevar a cabo lingüista alguno: el *Atlas lingüístico de Hispanoamérica*, cuyos dos primeros tomos (la obra contará con cerca de 20) fueron presentados en Madrid hace apenas unos meses, cuando ya la dolencia traidora empezaba a dejarse ver.

¿Cuántas horas de trabajo entusiasmado habrá dedicado el maestro a estudiar el español americano, o la melodiosa voz de sus poetas? Esos dos hermosos volúmenes

del *Atlas* americano (los correspondientes al español de Lousiana y el suroeste de los Estados Unidos, y el de la República Dominicana), que la fortuna quiso que pudiera ver, son la mejor prueba de la excelencia de su trabajo científico; significaron rigor y ejemplaridad —por supuesto—, pero también fatigas, aliviadas con ilusiones, momentos de desánimo, superados con amplias dosis de entusiasmo, y dificultades (las propias de una gran empresa que dispone en cambio de fondos muy limitados), salvadas por la disciplina y el sentido del deber. Nadie sabrá jamás cuántos kilómetros de nuestra América, recorrida palmo a palmo, caminó Manuel Alvar, ni cuántas noches, lejos de su hogar, durmió donde pudo y como pudo, ni cuántas voluntades le fue preciso ir ganando.

No puedo cerrar estas tristes palabras de recuerdo sin subrayar la doble enseñanza que aprendemos constantemente del maestro: de una parte, son muchos saberes, su

metodología analítica rigurosa, su insaciable curiosidad científica. Es la lección que es posible aprender de los hombres sabios. Pero, por otra, hay también una lección no menos valiosa: la dedicación, la disciplina, la constancia, el amor al trabajo: una auténtica lección de vida. En este adiós dolorido que hoy le damos, está subyacente la admiración, la gratitud y, por supuesto, un entrañable y perpetuo cariño.

